**Integridad**

Por Russell George

Después de observar la reacción favorable de José a varios de los peligros que enfrentan los jóvenes, quiero dirigir su atención a algunas cualidades de carácter que los jóvenes deben desarrollar en su vida. La primera cualidad que vamos a tocar es la de la integridad.

Sería difícil encontrar un ejemplo mejor de integridad que el de José. Para mí, lo manifestó con toda claridad cuando tuvo que enfrentarse con el intento de seducción de la mujer de Potifar. Hubiera sido muy fácil para él aceptar su oferta de pasión sexual. Tal vez él tenía sabiduría en saber que pudiera haber sido una trampa para esclavizarle aun más. Muchos jóvenes han quedado chantajeados por haber caído en semejante trampa. Gracias a Dios, José eligió andar por el camino recto aunque le costó algunos meses en la cárcel.

La palabra “integridad” significa entereza o perfección. En su uso común, significa rectitud moral. La verdad es que no hay nadie cuyas acciones, sentimientos y actitudes están, en todo sentido, de conforme con la regla perfecta divina. Todos tienen una naturaleza caída con tendencia hacia lo malo. Aun David, el rey más famoso de los judíos, muchas veces tenía que lamentar sus maldades. Pablo, a pesar de su dedicación a Cristo, se dio cuenta de una ley en sus miembros que le llevó cautivo a la ley del pecado. (Romanos 7:23) Por eso, cuando usamos la palabra “integridad” en hablar de un ser humano, tenemos que entender que es con algunas limitaciones. ¿Qué está incluido entonces en la integridad cristiana?

La integridad tiene su principio en el debido discernimiento moral. Hace falta una mente capaz de discernir claramente entre lo justo y lo injusto. Hay dos influencias que perjudican el debido discernimiento moral. Una es la naturaleza caída. Nos da una tendencia hacia lo malo.

La otra influencia es la sociedad en la cual vivimos. Muchos en nuestro alrededor nos animan a hacer lo malo. Hay las influencias del egoísmo, prejuicio y pasiones carnales que nos dejan en una nube. En la Biblia leemos de los que no sabían distinguir entre el vicio y la virtud. (Isa. 5:20) Nadie puede justificar su maldad por decir, “pero yo pensaba que estaba haciendo lo bueno.”

El debido discernimiento moral, en sí, no es suficiente. Hace falta también la voluntad de hacer lo que sabemos es recto y bueno. El apóstol Pablo expresó su lucha con esto cuando escribió, “Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago. Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí.” (Romanos 7:19-20) Lo que él llamó “el pecado que mora en mí” es la naturaleza pecaminosa. Tenemos que ganar la victoria sobre esta naturaleza. El mismo Pablo declaró que hay victoria. El exclamó en desesperación, “Miserable de mí. ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?” Después él afirmó, “Gracias doy a Dios, por Jesucristo.”

Hay los que conocen lo que es bueno, y tal vez lo hacen porque se sienten restringidos por la opinión pública o por temor de lo que sería posible perder por no hacerlo, pero no lo hacen de corazón. Ellos son vulnerables, porque dado la situación o influencia favorable, lo harían igual. Uno no es verdaderamente íntegro a menos que sepa lo que es su deber, y que el anhelo de su corazón sea hacerlo.

Vamos a poner la integridad a prueba por decir “supongamos que su oficio es esto o aquello.” En primer lugar, supongamos que tú eres un mecánico. Así tienes que ganar la vida por vender tu trabajo. Es un trabajo honorable y la manera mejor de cumplirlo es con integridad. Desdichadamente, no todos los mecánicos son íntegros. Algunos, por la curiosidad, han sacado una manguera de vacío del motor de su auto. Resulta que el motor anda a medias. Entonces van al taller mecánico para saber si el mecánico puede encontrar la falla. El mecánico integro va a seguir luchando y estudiando hasta que él encuentra la falla o, si no, va a confesar que él no sabe qué hacer. El que no es integro va a decir que el motor hace falta de una afinación que cuesta, digamos $40.00. Tal vez él encontró la manguera suelta y la puso sin decir nada porque no se puede cobrar nada por poner una manguera, no más.

Supongamos que su oficio es ser médico. Es otro oficio honorable. Queremos pensar que todos los médicos viven para servir a la humanidad, pero no es así. A veces las cirugías favorecen más al cirujano que el paciente. El médico, sin integridad, se preocupa más por las facilidades de pago del paciente que por su sanidad. Muy afortunada es la persona cuyo doctor estudia con cuidado su historia médica en busca de la mejor solución para su enfermedad.

Tal vez tu llamamiento en la vida es el de ser un comerciante. Su trabajo es el de hacer mercadería y servicios disponibles a la gente. Por supuesto, tú tendrás que quedarte con un porcentaje del precio de la venta como tu sueldo. No hay nada malo en esto. El comerciante íntegro va a representar honestamente su producto o servicio y cobrar un precio justo.

Otro oficio honorable es el de ser abogado. Nos hace falta abogados. Aun Jesús es nuestro abogado cuando somos acusados por Satanás. (I Juan 2:1) Desafortunadamente, hay abogados que animan a sus clientes a hacer juicio aun cuando es casi seguro que no van a ganar el juicio. Ellos saben que pueden cobrar al cliente por hacer muchos trámites. Ellos no piensan en el bienestar del cliente.

Sería posible decir algo parecido en cuanto a casi todos los oficios. La integridad se manifiesta no únicamente en el trabajo, sino en toda la vida. Tenemos un corazón doble si exigimos la integridad de los demás y no estamos dispuestos a practicarla en nuestra vida personal. José era un hombre con integridad. Fíjese hasta donde él llegó. A veces la integridad tiene su precio, como tuvo para José cuando le llevó a la cárcel, pero al fin y al cabo él fue bendecido en gran manera por ser un hombre íntegro. La integridad hará lo mismo para ti.